MADERO
MARTIR.

No seimpre cosechan los que siembran, no siempre comen los frutos aquellos que plantan los árboles. Toda obra prematura está condenada tristemente a desaparecer en el tiempo inoportuno en que aparece; pero como el tiempo es eterno, estas obras anticipadas, estas obras proféticas, hijas naturales de la adivinación y del presentimiento, llegan a fructificar allá en los siglos que parecen de ellos más distantes y con ellos menos relacionados. Ninguna idea progresiva se pierde, ningún esfuerzo moral se malogra; ningua alma grande pasa por las páginas de la historia como pasan los aereolitos por las noches del planeta.

EMILIO CASTELAR.

El 16 de Octubre de 1912, el Gral. Felix Díaz se sublevó en el puerto de Veracruz, secundado por su pariente el Tte. Cor. Díaz Ordaz y el Cor. Migoni, con los batallones 17º y 19º que se hallaban bajo sus ordenes guarneciendo, respectivamente, aquel puerto y la Ciudad de Orizaba. Una semana después fracasaba completamente el cuartelazo y Felix Díaz, el Tte. Cor. Ordaz, Migoni y el mayor Zárate eran hechos prisioneros por las fuerzas leales que envió a batirlos el Gobierno Federal, las que tenían como Jefe al Gral. Joaquín Beltran.

Los sucesos de Veracruz produjeron inmensa sensación en todo el país y conmvoieron profundamente las conciencias: era la reacción porfirista manifestada desde hacía tiempo en las columnas de los periódicos, en determinados centros de reunión y entre las clases acomodadas, que pretendía ir más allá, se levantaba vigorosamente y hacía esfuerzos por derrocar el Gobierno legítimo emanado de la voluntad popular, pretendiendo apoderarse nuevamente del poder para continuar el régimen dictatorial del Gral. Porfirio Díaz.

De todas partes de la República se pedía un enérgico y ejemplar castigo para los culpables; se organizaron espontaneas manifestaciones de simpatía hacia el Gobierno y el sentir unánime del pueblo condenó duramente la antipatriótica actitud de Felix Díaz.

Para juzgar a los reos, se formó en Veracruz un Consejo de Guerra Extraordinario que presidió el Gral. Dá-

vila, y en el fueron sentenciados a muerte el Gral. Felix Díaz, el Tte. Cor. Díaz Ordaz, el Coronel Migoni y el Mayor Zarate; pero los reaccionarios pusieron en juego sus influencias y todos los medios posibles para salvarlos del patíbulo, pues la Suprema Corte de Justicia, formada en su mayoría de elementos impuestos por el viejo régimen y por una minoría de Magistrados electos popularmente, amparó a los rebeldes, quedando sin efecto la terrible sentencia que pesaba sobre ellos. Este triunfo alentó a los reaccionarios que siguieron atacando en forma más violenta al Gobierno; se corrompió y se compró al Ejército y a tal grado llegaron las cosas que temiéndose una nueva intentona para libertar de San Juan de Ulua a Félix Diaz, se ordenó su translación a la Capital de la República y fué internado en la Penitenciaría del Distrito Federal. Este cambio inesperado pareció conjurar de momento todo peligro; pero la audacia y la insolencia de los conspiradores iba en aumento y redoblaron sus trabajos con el fin de prostituir una de las más bellas y nobles instituciones, que parecía ser lo más firme y sólido que dejara el dictador: el Ejército.

Empezaron a circular rumores de levantamientos que deberían efectuarse en la misma Capital; en las oficinas de la Presidencia se recibieron denuncias que fueron trasmitidas a la Inspección de Policía; pero no obstante la actividad de los encargados de las averiguaciones y de la misma "febril actividad" del Inspector General, Mayor Emiliano Lopez Figueroa, no se pudieron tener datos concretos ni pruebas de culpabilidad para ninguno de los inodados en el complot, a pesar de que en plena vía pública corrian de boca en boca los nombres de los principales conspiradores y se señalaba la fecha en que debería estallar el movimiento.

La noche del sabado 8 de febrero, recibió en Chapultepec el señor Presidente la grave noticia de que esa misma noche estallaría la sublevación en la Capital, y desde luego se dictaron ordenes a la Comandancia Militar y a la Inspección General de Policía para que tuvie-

sen preparados los elementos de combate disponibles, para, en caso dado, sofocar con rapidez cualquier movimiento.

Don Gustavo A. Madero recorrió en automóvil toda la ciudad acompañado del señor José Quevedo; estuvo en algunos cuarteles; en los sitios públicos más concurridos y no descansó un solo momento tratando de estar en posesión de datos que permitiesen al Gobierno darse exacta cuenta de la situación.

Los informes que recibiera aquella noche el señor Presidente eran, por desgracia, verídicos, pues como a la una de la mañana y obedeciendo tal vez a un plan preconcebido, salieron del Cuartel de Tacubaya las fuerzas del 1ro. de Caballería y el 1er. Regimiento de Artillería y de Tlalpam los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes, dividiéndose en dos columnas, una de las cuales se dirigió a la Prisión Militar de Santiago para libertar al Gral. Bernardo Reyes, cosa que lograron fácilmente. Vestía el Gral. jacquette, pantalón de montar, calzaba bota militar francesa y se cubría con una capa militar del mismo orígen. Los reclusos intentaron fugarse de la prisión, consiguiendo algunos su objeto y muriendo muchos a manos de la guardia. El edificio fué incendiado y ocho días después humeaban todavía los escombros.

En seguida los sublevados se dirigieron, con el General Reyes a la cabeza, a la Penitenciaría, para libertar a Félix Díaz, lo que lograron con mayor facilidad por estar de acuerdo con los desleales el Director del establecimiento penal, don Octaviano Liceaga.

Mientras esto sucedía, la otra sección de Aspirantes, apoyada por una parte del 1ro. de Caballería se apoderó sin resistencia del Palacio Nacional, pues los Jefes de guardia de esa noche estaban ya de acuerdo.

Como a las cuatro de la mañana don Gustavo A. Madero llegó a la Plaza de la Constitución; pero, ignorando si serían o no leales las fuerzas que guarnecían el Palacio Nacional, hizo detener su automóvil en la puerta